

Retejer el paisaje: la ciencia geográfica en larga duración y la pertinencia del enfoque cultural

Reweaving the Landscape: The Long History of Geographical Science and the Relevance of the Cultural Approach

 <https://doi.org/10.48162/rev.40.066>

Federico Fernández Christlieb

Instituto de Geografía
Universidad Nacional Autónoma de México

México

 <https://orcid.org/0000-0002-0500-5658>

 fedfer@unam.mx

Resumen

Pocos son los análisis de larga duración sobre el devenir de la Geografía como disciplina que pueden expresarse en un artículo. Sin embargo, se considera que son necesarios para visibilizar, en pocas páginas, los grandes cambios y continuidades de esta ciencia en la historia y ubicarla en la actualidad. Después de exponer los antecedentes históricos, este artículo expone que a partir del siglo XVII, la Geografía empezó a subdividirse en ramas que adquirieron rutas epistemológicas divergentes. Así es como, entre muchas otras, nace la Geología, la Ecología o la Etnología, disciplinas que interactúan de manera insuficiente. El aporte que ofrece esta investigación es el de mostrar por qué el enfoque cultural logra articular de nuevo un razonamiento geográfico que permite analizar la Tierra como una unidad compleja. Lo hace apoyado en un concepto clave para ello: el de paisaje. Sin este tipo de análisis, las acciones para enfrentar la crisis socioambiental de nuestro tiempo se dificultan.

Palabras clave: historia de la ciencia, enfoque cultural en geografía, revolución científica

Abstract

There are few long-term analyses of the future of Geography as a discipline that can be expressed in an article. However, it is considered that they are necessary to make visible, in a few pages, the great changes and continuities of this science in history and its place today. After presenting the historical background, this article explains that, from the 17th century, Geography began to be subdivided into branches that acquired divergent epistemological routes. This is how geology, ecology, and ethnology, among many others, were born, disciplines that now interact insufficiently. The contribution that this research offers is to show why the cultural approach manages to once again articulate a geographical reasoning that allows the Earth to be studied as a complex unit. It does so based on a key concept: that of landscape. Without this type of analysis, it is difficult to conceive the integral actions to confront the socio-environmental crisis of our time.

Keywords: history of science, cultural approach in geography, scientific revolution

Introducción

El enfoque cultural ha devuelto a la Geografía sus capacidades plenas para describir la Tierra. Tales capacidades se fueron diluyendo en Occidente quizás desde 1605 en que Francis Bacon divide al conocimiento en dos grandes campos: el de lo natural y el de lo civil. Desde entonces, los estudiosos de la Geografía siguieron la tendencia de dividirse en ramas y especializarse en ellas. Este proceso paulatino dio como resultado la fragmentación del conocimiento geográfico en líneas epistemológicas que aparentemente formaban un tejido disciplinario, pero que en realidad mostraban una serie de hilos que a veces no se relacionaban con otros y a veces se anudaban de una manera forzada. El proceso de ramificación empezó con la Revolución científica del siglo XVII y llegó a su extremo a mediados del siglo XX. De ello, resulta que la Geografía pasó de ser un saber estratégico para el gobierno de los Estados, a una disciplina escolar bastante marginal contenida en libros de texto para bachilleres y guías para turistas.

En este artículo revisaremos el proceso histórico que condujo a la Geografía hacia la futilidad de sus planteamientos generales al tiempo que sus ramas y subdisciplinas adquirían, por ellas mismas, cierto reconocimiento científico. Dicho de otro modo, el complejo tejido de la Geografía dejó de ser importante mientras que sus hilos, por separado, se pusieron de moda especialmente durante el periodo positivista de las ciencias. Empezaremos por tanto hablando de la Geografía antes y después de la Revolución científica y en un segundo momento, explicaremos cómo el enfoque cultural recoge las tradiciones más importantes de la antigua Geografía a través del concepto de paisaje. Concluiremos subrayando la pertinencia de esta Geografía renovada en un momento en que el mundo padece una crisis

socioambiental sin precedentes. A diferencia de los artículos habituales de Historia de la ciencia, en este texto requerimos de un análisis de “larga duración” –según la expresión de Fernand Braudel– que permita revelar las tendencias epistemológicas de la Geografía en muchos siglos (Braudel, 1958); de otro modo no pueden identificarse con nitidez los cambios de rumbo.

Se hablará de la disciplina llamada Geografía, pero ¿qué hay de los espacios que este saber se había propuesto describir? De la misma manera en que su metodología se desarticularó especializándose por separado en la búsqueda de datos físicos y datos sociales, el espacio geográfico se destejió ante los ojos de los observadores en función de la especialidad que estos fueron adquiriendo. Así, por ejemplo, los meteorólogos hablaron entonces de los fenómenos atmosféricos mientras que los demógrafos clasificaron y contabilizaron a las poblaciones humanas. Cada subdisciplina concebía sus propios filtros epistemológicos. Sin embargo, mientras más ramas se anuncianaban para destajar los fenómenos naturales y sociales, más difícil fue retejer el paisaje para entender su organización. La pérdida de esta visión integral está ligada sin duda con el deterioro ambiental de nuestro siglo. Sin un enfoque que reteja el paisaje, será muy difícil comprender lo que tenemos que enseñar en las formaciones universitarias de Geografía y lo que se puede hacer para paliar la crisis socioambiental que vivimos. Dos preguntas guían nuestro texto: ¿bajo qué circunstancias históricas la Geografía se subdividió en tantos hilos epistemológicos diferentes? y ¿por qué el enfoque cultural es pertinente en estos tiempos de crisis socioambiental?

La descripción geográfica antes y después de la Revolución científica

Aceptemos por ahora que la Geografía es un saber concebido en el mundo griego y que su propósito original era describir la ecumene, entendida como la tierra habitada o habitable (Berque, 2000; Claval, 1996). Esa fue la tarea que se impuso Heródoto, considerado a menudo como el primer geógrafo griego (Giblin, 2015). La obra de Heródoto se intitula *Historiè*. Se traduce como la “*Investigación*” para determinar la veracidad de un evento (Gondicas y Boëldieu-Trévet, 2005). La primera condición para que dicho evento sea “histórico” es que tenga lugar. Si no tiene lugar es que no ocurrió. Por eso Heródoto describe los lugares en general y, en particular describe el “lugar” o “país” (“*khôra*”) donde ocurrió el hecho que le interesa comprobar (Ceceña Álvarez, 2011). Heródoto puso atención en comprobar el lugar de las batallas militares.

Conocer bien el mundo Mediterráneo fue importante para los griegos tanto como para los romanos, tal y como se desprende de la organización territorial y del gran imperio que

lograron construir tanto en tiempos de Alejandro Magno como en tiempos de los emperadores romanos (Bengtson, 1984; Millar, 1982). El razonamiento geográfico siempre ha sido un asunto de Estado. La historia de este conocimiento está marcada por las necesidades de seguridad territorial y de expansión, pero lamentablemente también por los deseos de conquista, particularmente de los Estados de cultura occidental. Más allá de lo militar, la geografía también ha sido asunto de filósofos, de comerciantes, de exploradores, de naturalistas, de científicos; todos ellos han sido curiosos de conocer la ecúmene y describirla para sus respectivos propósitos.

Las descripciones geográficas –tanto de los cielos como de las tierras– durante el Renacimiento permitieron darse una idea de las rutas terrestres y de navegación mediante las cuales se accedía a diferentes medios que eran ricos en variedades ambientales y humanas (Broc, 1986). Es cierto que fue a partir de la destreza geográfica que las iniciativas de conquista europeas tuvieron éxito desde principios del siglo XVI, pero también es cierto que esa destreza permitió hacerse de una idea completa del globo terrestre, de sus movimientos, de su composición y de su edad (Maréchaux, 2020). Cuando los europeos racionalizaron el conocimiento geográfico y confeccionaron mejores explicaciones sobre los fenómenos ambientales, consideraron también necesario sistematizar métodos y advertir diferencias epistemológicas con el objeto de profundizar en el conocimiento de la ecúmene. Así, del razonamiento geográfico, se desprendieron varias ciencias de la Tierra.

Una de las primeras clasificaciones de las ciencias que fueron concebidas al inicio de la Revolución científica es la ya mencionada de Francis Bacon. En su obra conocida como *The Advancement of Learning*, Bacon (1996a) razona de la siguiente manera: nuestro conocimiento proviene, ya sea de la revelación divina o bien, de nuestros propios sentidos. Por lo tanto, se puede dividir el conocimiento en divino y filosófico. A su vez, el objeto de estudio de la filosofía se compone de tres partes: Dios, Naturaleza y Hombre (Bacon, 1996a, Libro III, p. 337). Bacon sostuvo que el humano está llamado a ser el dominador de la naturaleza, lo cual implica empujar los límites de la civilización sobre las zonas naturales y de ahí la concordancia con la Geografía grecorromana. Al mismo tiempo el ser humano es cautivo de la naturaleza por cuanto sus acciones efectivamente pueden empujar la frontera de la ecúmene, pero no es capaz de superar con su entendimiento a la naturaleza.

Es necesario reiterar en este punto, que la Geografía es un saber que precede históricamente a las ciencias y que, desde los tiempos más remotos, los de Heródoto y los de Estrabón, por ejemplo, se ha ocupado tanto de los aspectos que hoy llamamos naturales como de los humanos, siempre y cuando los entendamos en su relación recíproca (Hérodote, 1985;

Strabon, 1969). Volviendo a Bacon, ubiquemos que este filósofo inglés insistió en que, si queríamos concebir una ciencia universal que precede a todas las demás, esa debe ser llamada “*Philosophia Prima*” o “*Sapience*” (Bacon 1996a, p. 337). Pues bien, la Geografía se ubica históricamente en el tronco de esa primera filosofía y antecede a todas las demás ciencias de la Tierra y ciencias sociales que habrán de nacer después del siglo XVII. Ese es el tronco de lo que en ese momento se llamaba la *historia natural*.

Bacon habla efectivamente de la “historia natural”, pero también menciona una “historia civil”, y explica ambas. “La Historia Natural trata de los hechos y obras de la naturaleza; la historia civil de las de los hombres” (Bacon, 1996b p. 293). Recordemos que el término “historia” refiere a la investigación de los lugares donde ocurrieron los hechos comprobables. Bacon continúa diciendo que la historia natural aborda, primero, “el tratamiento de los cuerpos celestes, exhibiendo los fenómenos reales de manera simple y al margen de teorías”. Después, trata la historia de los meteoros (“vientos, lluvia, cometas”). Finalmente, trata la tierra y el mar (“las montañas, los ríos, las mareas, las arenas, los bosques, las islas y las formas de los continentes”); “en todos estos, investiga y observa las leyes de la naturaleza” (Bacon, 1996b, p. 293). Respecto de la historia civil, Bacon dice que puede subdividirse, según la aproximación del investigador, en “historia particular”, que trata específicamente de “algún reino, comunidad o pueblo”, y en “historia universal” que estudia “el mundo entero” (Bacon, 1996b, t. IV, p. 308).

En 1650, Bernardo Varenio publicó su *Geografía General*, en la que continuaba el razonamiento de Bacon en el sentido de destejer tanto el paisaje como la manera de estudiarlo. En su caso, Varenio deseja el procedimiento para describir la Tierra: convenía comenzar por entender las generalidades planetarias para después describir, en función de dichas leyes, las diferentes regiones. Su planteamiento metodológico retomó ideas de Ptolomeo que se popularizan durante el siglo XVII, en pleno momento de la redefinición de las ciencias (Ptolomeo, 2018). Varenio llamó a los dos grandes componentes de esta disciplina “geografía general” y “geografía especial” (Varenio, 1974, pp. 87-95). La primera se encargaría de buscar las leyes planetarias mientras que la segunda describiría las regiones. He aquí los rasgos de la discrepancia entre lo que después se llamó la ciencia nomotética y la ciencia ideográfica.

En síntesis, la Revolución científica conminó a la Geografía a convertirse en una ciencia moderna para lo cual hubo de subdividirse y especializarse. El problema es que la Geografía no era un saber científico sino empírico. La Geografía no buscaba, hasta antes de tal revolución, determinar las leyes que rigen la naturaleza de la ecumene sino tan solo describir

y explicar las diferencias entre sus distintos lugares sobre la superficie terrestre, para lo cual ciertamente tenía que comprender algunas cuestiones cosmográficas (Lebon, 1966). Esta era la manera en la que el espacio era asimilando por la ciencia y que los territorios se iban incorporando al imperio. En el momento en que la Geografía se hizo científica y sus nuevas ramas epistemológicas se especializaron, comenzó a perder elocuencia en su explicación. Con el correr de los siglos, ya no se incitó a los investigadores a hacer una Geografía que contemplaría al mismo tiempo las lluvias, el suelo, la erosión, los cultivos, la comida de los campesinos y sus manifestaciones artísticas, sino que se promovió la meteorología, la edafología, la agronomía, la salud o el arte por separado, como si estas ramas del saber y sus propias descripciones fueran autosuficientes.

No es que los geógrafos hubieran dejado de relacionar los fenómenos, pero ahora lo hacían desde una óptica disciplinaria, investigando a partir de métodos específicos que sostenían la existencia de una epistemología particular. El lenguaje más socorrido para sus descripciones fue el matemático porque la revolución científica estuvo marcada por la física de Newton cuyas leyes se explicaban en la relación causa-efecto. Así, la Geografía se exigió encontrar esta relación –y su expresión numérica– tanto en los aspectos físicos del cielo y de la tierra como en los aspectos propios de los pueblos mismos que, aunque fueran de diferentes orígenes, tendrían que obedecer a las mismas leyes universales (Gómez Mendoza *et al.*, 1982). Así fue como el *espacio*, se convirtió un concepto ajeno a la experiencia del entorno que tenía cada pueblo e irrumpió en la ciencia de los siglos XVIII y XIX. Al interior de la propia Geografía hubo un cisma: Kant (1999) y Humboldt (2000) hablaron de una geografía “física” y, más adelante, Carl Ritter (1835) y Vidal de La Blache (1936), hablaron de una geografía “humana” que, en su método, parecían no estar ya del todo en busca de la ecumene sino solo de algunos de sus aspectos.

Durante el tránsito del siglo XVIII al XIX, la Geografía se ve opacada por las ramas a las que había dado lugar. El pensamiento positivista induce a generar conocimientos derivados del empirismo, pero sobre todo del científicismo. Mientras las disciplinas que tratan con el medio biofísico logran avances a partir del evolucionismo de Darwin (1985), los temas humanos no logran ajustarse a la visión de un desarrollo lineal. La idea de progreso, muy útil en unos campos, es difícil de aplicar a la Geografía. De ahí el éxito explicativo de los geólogos como Charles Lyell y William M. Davis (Gohau, 1990) y la incapacidad conceptual y metodológica de geógrafos como Carl Ritter y Friedrich Ratzel (Ratzel, 1987; Ritter, 1835) para resolver el problema del estudio de los fenómenos humanos con la misma científicidad al del estudio de los fenómenos naturales. Los geógrafos que sostenían la necesidad de estudiar tanto el sistema general de la Tierra como lo particular de los lugares, no encontraban su postura. A

tal punto se ven marginados, que muchos prefieren permanecer en sus gabinetes dejando el trabajo de campo a geólogos y etnólogos, quienes desarrollan de manera vistosa el conocimiento de la ecumene, aunque sus resultados son fragmentarios y se separan cada vez más de la explicación conjunta que caracterizaba a la Geografía (Claval, 1998). Por entonces, con excepción de Humboldt y algunos más, los geógrafos se limitan a enumerar e inventariar lo que otros descubren en el terreno (Gómez Mendoza *et al.*, 1982).

La primera mitad del siglo XX es pródiga en discusiones sobre la manera en la que la Geografía debe cumplir su misión de describir y explicar la Tierra, tanto a partir de razonamientos sistemáticos generales, como a partir de la explicación de las localidades y las regiones. Este último enfoque es el que llamamos *corológico*. La noción de *región* es abrazada fuertemente por la geografía francesa sobre todo a partir del trabajo de Paul Vidal de La Blache, quien la define, no solo desde una supuesta homogeneidad en sus contenidos, sino sobre todo desde su funcionalidad. Esto es: cada región se explica a partir de sus características naturales y de los agentes humanos que la modifican para obtener los fines que estos requieren (Vidal de La Blache, 1994). La superficie terrestre es entendida como un mosaico de regiones bien diferenciadas que conforman un todo. La tarea del geógrafo, por lo tanto, es salir al campo para identificar esas regiones. El enfoque corológico favorece la integración de los conocimientos sobre la naturaleza con los conocimientos sobre los grupos humanos, devolviendo a la Geografía el sentido que había perdido décadas atrás. La geografía alemana entra también en esta discusión. Alfred Hettner señala que la ciencia geográfica, además de observar las relaciones entre los componentes de una región, también estudia los hechos históricos ocurridos en ella (Hettner, 1927), con lo cual recoge la preocupación original de Heródoto y abrirá la posibilidad de comprender procesos muy largos que explican la conformación de las regiones. Una visión corológica de este tipo parece estar en sintonía tanto con el evolucionismo darwinista como con el funcionalismo, sin dejar de atender algunas preocupaciones positivistas aún vigentes.

El enfoque cultural y el concepto de paisaje

En 1908, Otto Schlüter, un geomorfólogo alemán, piensa que la noción de paisaje que se utiliza en Geomorfología puede ser útil a la Geografía por cuanto es un concepto que permite identificar formas de origen antrópico a partir de una observación sistemática. Varios colegas alemanes alimentan esta visión, cuyo procedimiento abarcaría tres aspectos sobre el paisaje: su fisionomía, su ecología y su historia. Ellos piensan que lo mismo opera para un medio natural como para un ámbito transformado por los humanos. La tarea del observador sería por tanto, describir –en trabajo de campo– la morfología de su interés y determinar las

unidades de paisaje correspondientes. Más adelante encontraría similitudes en otras latitudes y longitudes y podría compararlas estableciendo tipos y géneros sin necesariamente poner atención en sus peculiaridades locales (Gómez Mendoza *et al.*, 1982). Esta visión coincide con los intentos de Varenio, 150 años atrás, por establecer una geografía general.

En este sentido, si bien el paisaje es entendido como un recurso corológico, lo cierto es que atiende preocupaciones nomotéticas más que ideográficas. De ahí que, en el resto del siglo XX, la influencia de este tipo de análisis haya impactado los métodos de la geografía del medio físico más que aquellos de la geografía de los grupos humanos. La ecología también se vio beneficiada de este pensamiento. De hecho, la geografía alemana del siglo pasado homologó a las unidades de paisaje con sistemas ecológicos tal y como puede advertirse en los trabajos de algunos como Siegfried Passarge y Carl Troll (Claval, 2003; Troll, 1982). La noción de paisaje entendida como una serie de piezas de un mosaico, pierde su potencial analítico cuando se la homologa al concepto de región sin una justificación epistemológica convincente. Esta confusión permanece en algunos trabajos todavía hoy en día. Lo cierto es que, hasta antes de este tipo de estudios, los geógrafos solamente habían dibujado paisajes como una manera de ilustrar sus ideas y acaso como un escenario en el que se desarrollaba la historia humana. El aporte de la geografía del paisaje es presentarlo como una fuente primaria de información científica.

Otra forma de entender el paisaje, en este caso como algo disociado de la región, fue la que desarrollaron varios geógrafos norteamericanos en la década de 1930 bajo la dirección de Carl Sauer. La historiografía de la geografía cultural suele hablar de dos olas que desarrollaron este enfoque. La primera se ubica en la Universidad de California en Berkeley en la década mencionada y la segunda es más amplia y versátil y abarca varias instituciones de habla inglesa y algunas de habla francesa en la década de 1980. En esta primera ola, la morfología podía efectivamente ser un factor que permitiera identificar diferentes áreas culturales. Para ello era necesario estudiar cómo el “paisaje natural” se había convertido en “paisaje cultural” a partir de la acción que un determinado grupo humano lo había modificado empleando técnicas distintas de las empleadas en otras áreas culturales (Sauer, 2008). En esta acepción, el paisaje no es una unidad yuxtapuesta con otras sino un espacio que se articula funcionalmente y que contiene formas producidas por la naturaleza y modificadas por la cultura, pero sin una delimitación infranqueable. Por el contrario, Sauer y sus alumnos se dieron a la tarea de hallar procesos de imitación, transmisión o difusión de la cultura material entre un paisaje y otro antes de establecer áreas diferenciales. En este sentido no se trata de un mosaico sino de una red, un tejido que las y los geógrafos pueden ir retejiendo para representar realidades espaciales complejas.

El paisaje, para Sauer, es depositario de una vasta información que radica en la materialidad visible de sus componentes. Sauer decía que “toda geografía es geografía física” aunque sea modificada por humanos, porque la morfología del paisaje resultante también es material (Sauer, 1982, p. 352). Esa materialidad, sin embargo, cambia con el tiempo, por lo cual el geógrafo debe adiestrarse además en el método histórico para comprender la evolución de las formas en el paisaje. Observar paisajes cambiantes era una fascinación de la geografía cultural de la primera mitad del siglo XX, de modo que dichos paisajes no se concebían estáticos ni de límites inalterables como se podría desprender del trabajo de los geomorfólogos alemanes que hablaron de ellos. La aparente permanencia de las unidades del paisaje entre algunos como Schlüter, Passarge y Troll, no era sino una percepción medida en tiempo geológico. En los últimos 500 años, la superficie de la Tierra no había cambiado gran cosa, no había prácticamente testigos de ninguna modificación mayor. Sin embargo, medida en tiempo histórico, esos mismos 500 años constituyan un cambio radical en el paisaje. Un ejemplo claro de estas acciones humanas que alteraban irreversiblemente el entorno visible era el de la edificación de ciudades, que por entonces atraía mucho la atención de la Geografía. Más interesado en el medio rural, Sauer comenaba a los estudiosos de la Geografía a documentar con fuentes históricas (documentos, monumentos, restos arqueológicos) los procesos evolutivos del paisaje, pero sabía que nada sustituía el trabajo de campo.

En términos metodológicos, el geógrafo debía recorrer el terreno identificando, mediante su observación, los cambios en las técnicas constructivas, en los materiales empleados, la evolución en los saberes agrícolas o las herramientas empleadas, además de advertir las expresiones materiales propias de los grupos sociales que ocupaban el espacio. Fue así como se pudieron hacer mapas de dispersión señalando rutas, fechas aproximadas y direcciones hacia las que una técnica o el empleo de un material, se desplazaban dejando su huella en el paisaje. En la acepción de Sauer, el paisaje no es un extendido homologable a la región, sino que es un concepto metodológico para poder definir áreas diferenciales. Un área diferencial, en este caso, sí sería homologable a una región. Esta renovadora manera de acercarse al estudio del espacio era en realidad, la más antigua, era –digamos– la versión original de la Geografía. En palabras de Sauer, esta posición rescata la práctica que realizaba Heródoto y que de alguna manera acababa de revivir Vidal de La Blache. Así pues, remata Sauer: “la geografía moderna es la expresión moderna de la geografía más antigua” (Sauer, 2008, p. 97).

La generación de conocimiento geográfico a partir de una visión mucho más libre e incluyente alcanza su paroxismo a partir de la segunda ola llamada la Nueva geografía

cultural. En esta generación figuran nombres como los de Cosgrove (1984), Duncan (1988), Jackson (1995) o Shurmer-Smith (2002), entre otros. Se trata de autoras y autores que, con mucha más audacia, identifican en el espacio marginalidades sociales que no habían sido visibles. La nueva geografía cultural escucha las voces de las mujeres, de las minorías étnicas en las grandes ciudades, de los inmigrantes indocumentados, de los homosexuales, de los habitantes de la pobreza que no tienen satisfechas sus necesidades de alimentación, vivienda, salud y educación. ¿Cómo sucedió esto? Timothy Oakes y Patricia Price señalan que fue a partir del ingreso de “más y más mujeres” y de “más y más geógrafos no-blancos”, que los temas de la Geografía empezaron a observar factores que no eran necesariamente materiales y que no eran siquiera visibles en el paisaje (Oakes y Price, 2008, p.6). Así surgieron temas como los de las identidades culturales, los roles de género, la geografía doméstica o la de la vida cotidiana. Aspectos no visibles en el paisaje también emergieron como objetos que podían llegar a definir áreas diferenciales. Así se habló, por ejemplo, de geografías sonoras u olfativas (Smith, 1994).

Ambas olas del enfoque cultural en Geografía sintieron profunda curiosidad por los grupos originarios ajenos a la cultura occidental. Carl Sauer y varios de sus estudiantes trabajaron en México en la primera mitad del siglo XX y hasta los años 1970 (Sauer, 1952), mientras que gente de la nueva oleada investigaron en distintos lugares de Asia y África; un ejemplo es James (Duncan, 1990). Cuando la Geografía pone su acento en las Ideas y nociones de organización del territorio que pregnan las diferentes culturas, en ese momento deja de buscar leyes universales y por lo tanto se desmarca definitivamente del positivismo, cuyos procedimientos difícilmente escapan a la teoría de sistemas y sus expresiones son preferiblemente cuantificables. La geografía de enfoque cultural es fundamentalmente cualitativa y respetuosa de las diferencias locales. Le interesa la diversidad, las lecturas del mundo que se hacen desde una aldea más que la imposición de una idea monolítica sobre todas las demás. A partir de este enfoque hubo reivindicaciones políticas de territorios indígenas a partir de cartografías participativas, por ejemplo. Del mismo modo, la segunda ola de geografía cultural trajo preguntas nuevas al cuestionar los resabios de la geografía cuantitativa que explicaba procesos sociales a partir de modelos y los ilustraba con mapas de colores muy vistosos, pero no muy significativos. Simultáneamente surgieron nuevas preguntas geográficas procedentes de preocupaciones que hacía mucho tiempo –quizá desde el Renacimiento– no habían estado sobre la mesa: ¿cuál es nuestra misión como geógrafos? ¿Qué sentido tiene la existencia de los humanos?

Es el punto en dónde verdaderamente el enfoque cultural en Geografía rescata la tradición geográfica antigua: dicha tradición comienza sus exploraciones en la escala local y con una

perspectiva ubicada en el corazón cultural de cada grupo. Pero más aún, el enfoque cultural rebasa a la geografía grecorromana por cuanto esta fue siempre excluyente de todos aquellos pueblos que fueron considerados bárbaros. A partir de Sauer, la Geografía tiene la posibilidad de ubicar su mirada en pueblos indígenas, en saberes locales, en creencias tradicionales y en explicaciones del mundo que nada tienen que ver, en su origen, con la cultura de Occidente. Así que, en este enfoque, se rescata la legítima aspiración a describir la Tierra habitada y habitable, como se lo habían propuesto los griegos, pero hay aspectos muy superiores a los del proyecto helénico. Los griegos del siglo V a. C. centraron el universo en la Hélade. El enfoque cultural en Geografía de finales del siglo XX no tiene un centro exclusivo. Cada lugar de la superficie terrestre en donde haya una comunidad es el centro del mundo, lo cual abre la puerta con amplitud para entender que cada una de las civilizaciones antiguas, contemporáneas o no a Heródoto y Estrabón, también tuvieron su proyecto geográfico que consistía igualmente en garantizar la seguridad de sus habitantes mediante la búsqueda, más allá de su territorio, de los factores que les hacen falta. También algunas de las dinastías chinas de la antigüedad se convirtieron en centro de implacables imperios empleando un razonamiento geográfico y lo mismo puede decirse de varios centros mesoamericanos y andinos. Estamos ante un tiempo en donde comprender toda esta dinámica de relaciones entre humanos y naturaleza parece por fin posible, a condición de no tener versiones únicas sino de hacer que las diferentes posturas dialoguen sin fin con el único propósito de conseguir los factores que necesitan los diferentes pueblos con la salvedad de que en este tiempo tenemos que cuidar el medio ambiente.

Conclusión

Pertinencia del enfoque cultural ante la crisis socioambiental

Dos preguntas guiaron nuestro texto. La primera fue: ¿en qué contexto histórico la Geografía se subdividió en tantos hilos epistemológicos diferentes? En la discusión de este artículo hemos situado la Revolución científica del siglo XVII como el momento a partir del cual las ciencias que se ocupan de la Tierra se desprenden de la Geografía. Se trata de un momento en el que la observación del cielo ha permitido desentrañar ciertas incógnitas sobre las características del planeta y en el que las preguntas que se hacen los sabios ya no están tan censuradas por las Iglesias cristianas. Así, un torrente de dudas sobre la composición de la Tierra y sobre los fenómenos naturales se resuelve, pero también se abordan muchas preguntas referentes a la naturaleza humana. Ese momento histórico acelera la profundización del conocimiento en disciplinas como la Geología, la Ecología, la

Meteorología o la Etnología, pero traza una ruta en la que cada una de estas ciencias estará epistemológicamente cada vez más separada y aislada de las demás, hasta el punto en que el saber se parcializa y los hilos del tejido se deshebran.

Nuestra segunda pregunta de investigación fue: ¿por qué el enfoque cultural es pertinente en estos tiempos de crisis socioambiental? En lo que resta del siglo XXI tendremos que lidiar con un planeta marcado por una crisis ecológica inédita (Harari, 2022; Hickel, 2020; Toledo, 2016) y por una desigualdad socioeconómica extrema (Piketty, 2013; Stiglitz, 2013). Gracias a lo aportado en siglos anteriores por el razonamiento geográfico, las y los geógrafos de hoy sabemos que estas dos problemáticas, la ambiental y la social, están relacionadas y no pueden estudiarse por separado. Dado que los problemas son complejos y multifactoriales, necesitamos enfoques multi-trans-inter-disciplinarios. Necesitamos también un cambio de escala en las políticas públicas, virando de lo global a lo local en casi todas nuestras iniciativas (Claval, 2001). Además, si la realidad cambia constantemente, requerimos de métodos que se adapten y se recreen para cada problema y cada lugar (Fernández Christlieb, 2023). La buena noticia es que la Geografía se ha empeñado en desarrollar tales enfoques y tales métodos desde hace mucho tiempo, como hemos visto en estas páginas. La ciencia empieza a requerir de este razonamiento y de pronto la Geografía se vuelve a acomodar en el centro de las reflexiones académicas, políticas y económicas. Este giro analítico hacia la Geografía está operando actualmente, aunque en la mayoría de los casos no se menciona por su nombre.

El razonamiento geográfico se ajusta a lo que requiere actualmente la academia para estudiar el impacto del cambio climático, la reducción de la biodiversidad, el manejo del agua, el surgimiento de epidemias inesperadas, el despliegue de migraciones multitudinarias, la inseguridad tanto en el campo como en las ciudades, los conflictos bélicos, entre otras calamidades que tienen lugar en distintos territorios y que por tanto son objeto de estudio de la Geografía. Esta es una disciplina bien posicionada para comprender tales situaciones. Sus virtudes, además de la interdisciplina, son el manejo de distintas escalas, de modo que se comprenda cómo lo global afecta lo local y cómo la ciudadanía tiene un margen estrecho, pero interesante para reaccionar y tomar decisiones a escala de barrio, de gremio, de cooperativa, de escuela, de comunidad. El razonamiento geográfico de nuestro tiempo, además, adopta una perspectiva de larga duración y estudia procesos, de manera que entiende que, para proveer de explicaciones sensatas es necesario remontarse en ocasiones a otras eras geológicas y en otras ocasiones es necesario dar seguimiento a procesos históricos muy largos en donde a veces los flujos no están a la vista. El paisaje, así, adquiere

una dimensión mucho más amplia pues no necesita estar apuntalado solo en hitos materiales, sino también simbólicos.

El enfoque cultural que sostiene el actual razonamiento geográfico también es vigente porque practica enfoques participativos. La geografía antigua describía y explicaba, a partir de una sola visión cultural, los fenómenos de un lugar, pero ahora es imprescindible escuchar las voces de los habitantes de tal lugar y comprender su lógica y su manera de actuar. El razonamiento geográfico posee un lenguaje sencillo que se expresa a menudo con mapas que condensan una cantidad importante de información y la hacen visible a un público no especializado. Este rasgo le permite generar información accesible y estratégica para que las comunidades tengan elementos nuevos de análisis, y de defensa de sus territorios. Esto quiere decir que la Geografía ya no solo sirve para hacer guías turísticas. Por último, el razonamiento geográfico actual no teme a las nuevas tecnologías, lo cual es una ventaja si tomamos en cuenta que muchas de las ciencias sociales actuales rehúyen al desarrollo tecnológico y muchas de las ciencias exactas no tienen la capacidad de tender un puente hacia la problemática socioeconómica.

Hemos aceptado al inicio de este artículo que la Geografía era un proyecto de la civilización grecorromana para conocer la ecumene y dominarla en términos de su sobrevivencia propia pero también con el interés por edificar un imperio en expansión. ¿Entonces la Geografía es privativa de Occidente?, ¿no hay Geografía en China o en el mundo mesoamericano? Precisamente, el aporte mayor del enfoque cultural de nuestro tiempo ha sido el de situar su análisis como una posibilidad que se origina en cualquier punto del orbe. Son las comunidades locales las que toman las decisiones sobre sus tierras y en ocasiones las que resisten –o no– a embates externos.

Cerraremos este texto diciendo que el enfoque cultural no puede darse el lujo de intentar proveernos de una versión coherente de la Geografía y tampoco puede establecer períodos históricos definitivos (la geografía antigua, la positivista, la clásica, etc.), ni escuelas geográficas monistas (la francesa, la alemana, la de Berkeley, etc.). Lo que hemos aprendido en este análisis de larga duración, del que este artículo es solo una pequeña muestra, es que en todos los tiempos y en todos los lugares ha habido una preocupación irrefrenable por interpretar y representar la relación entre los humanos y su medio de muy diversas maneras, unas opuestas pero la mayoría complementarias. De hecho, lo realmente sorprendente es la continuidad de las preocupaciones geográficas desde Heródoto hasta nuestros días, porque si bien ha habido diferentes posturas, giros epistemológicos, nuevos paradigmas y grandes controversias, lo cierto es que hay una unidad asombrosa dentro de esta palabra acuñada

por los griegos. Estamos en un momento donde nos hemos dado cuenta de que los hilos geográficos que conducían saberes inconexos ahora pueden verse como una prenda tejida, como el manto que envuelve y conforma de nuevo a la Tierra.

Bibliografía

- Bacon, F. (1996a). The advancement of learning. En *Collected Works of Francis Bacon* (Libro III) (pp. 0-0). Routledge.
- Bacon, F. (1996b). The divisions of the sciences, and arguments of the several chapters. En *Collected works of Francis Bacon* (Libro II, Vol. IV) (pp. 275-335). Routledge / Thoemmes Press.
- Bengtson, H. (1984). *Griegos y persas. El mundo mediterráneo en la Edad antigua*. Siglo veintiuno.
- Berque, A. (2000). *Écoumène, Introduction à l'étude des milieux humains*. Belin.
- Braudel, F. (1958). La longue durée. *Annales*, 725-753.
- Broc, N. (1986). *La géographie de la Renaissance*. Centre des travaux historiques et scientifiques.
- Ceceña Álvarez, R. (2011). *Espacio, Lugar y Mundo. El fundamento topológico de la modernidad y los orígenes de la mundialización*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Claval, P. (1996). *Histoire de la géographie*. Presses Universitaires de France.
- Claval, P. (1998). *Histoire de la Géographie française de 1870 à nos jours*. Nathan.
- Claval, P. (2001). Champs et perspectives de la géographie culturelle dix ans après. *Géographie et Cultures*, (40), 5-28.
- Claval, P. (2003). *La géographie culturelle. Une nouvelle approche des sociétés et des milieux*. Armand Colin.
- Cosgrove, D. E. (1984). *Social formation and Symbolic Landscape*. Croom Helm.
- Darwin, C. (1985). *The Origin of Species*. Penguin Books.
- Duncan, J. y Duncan, N. (1988). (Re)reading the landscape. *Environment and Planning*, 6(2), 117-126. <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1068/d060117>
- Duncan, J. S. (1990). *The city as a text: the politics of landscape interpretation in the kandyan kingdom*. Cambridge University Press.
- Fernández Christlieb, F. (2023). *Hacer Geografía. Un razonamiento histórico para el mundo que viene*. Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México.

- Giblin, B. (2015). La naissance d'Hérodote: une création audacieuse. *Bulletin de l'Association de Géographes Français*, (92-1), 42-48.
- Gohau, G. (1990). *Une histoire de la géologie*. Éditions du seuil.
- Gómez Mendoza, J., Muñoz Jiménez, J. y Ortega Cantero, N. (1982). *El pensamiento geográfico*. Alianza.
- Gondicas, D. y Boëldieu-Trévet, J. (2005). *Lire Hérodote*. Bréal éditions.
- Harari, Y. N. (2022). *21 lecciones para el siglo XXI*. Debate.
- Hérodoto. (1985). *L'Enquête*. Folio.
- Hettner, A. (1927). Die Geographie: Ihre Geschichte, Ihr Wesen und Ihre Methoden. En G. S. Dunbar (Ed.), *The History of Geography. Translations of some French and German essays* (pp. 58-72). UNDENA.
- Hickel, J. (2020). *Less is More. How Degrowth Will Save the World*. William Heinemann.
- Humboldt, A. d. (2000). *Cosmos, essai d'une description physique du monde* (P. d. J. Grange, Ed.) (Vol. I y II). Éditions Utz. (Original publicado en 1845-1847).
- Jackson, P. (1995). *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*. Routledge.
- Kant, I. (1999). *Géographie. Physische Geographie* (M. Cohen-Halimi, M. Marcuzzi y V. Seroussi, Trads.). Aubier. (Original publicado en 1802).
- Lebon, J. H. G. (1966). *An Introduction to Human Geography*. Capricorn Books.
- Maréchaux, L. (2020). *Les défricheurs du Monde. Ces géographes qui ont dessiné la Terre*. Cherche Midi.
- Millar, F. (1982). *El imperio romano y sus pueblos limítrofes*. Siglo veintiuno editores.
- Oakes, T. S. y Price, P. L. (2008). *The cultural geography reader*. Routledge.
- Piketty, T. (2013). *Le capital au XXIe siècle*. Éditions du Seuil.
- Ptolomeo, C. (Ed.). (2018). *Geografía (capítulos teóricos)*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ratzel, F. (1987). *La géographie politique*. Fayard. (Original publicado en 1897).
- Ritter, K. (1835-1836). *Géographie générale comparée, Ou Étude de La Terre Dans Ses Raports Avec La Nature Et Avec L'Histoire de L'Homme: Pour Servir de Base A L'Etude Et à l'enseignement des Sciences Physiques et Historiques*. Paulin.
- Sauer, C. (1982). La Geografía Cultural. En J. Gomez Mendoza, J. Muñoz Jiménez y N. Ortega Cantero (Eds.), *El pensamiento geográfico* (pp. 349-354). Alianza Universidad.

- Sauer, C. (2008). The Morphology of Landscape. En T. S. Oakes y P. L. Price (Eds.), *The cultural geography reader* (pp. 96-104). Routledge.
- Sauer, C. O. (1952). *Agricultural Origins and Dispersals*. George Grady Press.
- Shurmer-Smith, P. (2002). *Doing Cultural Geography*. Sage Publications.
- Smith, S. J. (1994). Soundscape. *Area*, 26(3), 232-240.
- Stiglitz, J. E. (2013). *The Price of Inequality. How today's divided society endangers our future*. Norton & Company.
- Strabon. (1969). *Géographie* (A. Germaine, Trad.) (Vol. 1). Société d'édition Les Belles Lettres.
- Toledo, V. M. (2016). *Ecocidio en México: la batalla final es por la vida*. Grijalbo.
- Troll, C. (1982). El paisaje geográfico y su investigación. En J. Gómez Mendoza, J. Muñoz Jiménez y N. Ortega Cantero (Eds.), *El pensamiento geográfico* (pp. 323-329). Alianza Universidad. (Original publicado en 1950).
- Varenio, B. (1974). *Geografía General en la que se explican las propiedades generales de la Tierra*. Ediciones de la Universidad de Barcelona.
- Vidal de La Blache, P. (1994). *Tableau de la géographie de la France*. La Table Ronde.
- Vidal de Lablache, P. (1936). *Principes de géographie humaine*. Armand Colin.

Sobre el autor

Federico Fernández Christlieb

Licenciado en Geografía, maestro en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y doctor en Geografía por la Universidad de París-Sorbona. Fue director general de cooperación e internacionalización de la UNAM. Es autor de decenas de artículos y capítulos sobre Geografía cultural e histórica de México. Ha publicado varios libros, el último de los cuales es *Hacer Geografía, un razonamiento histórico para el mundo que viene*. Actualmente es investigador del Instituto de Geografía de la UNAM y docente en la Escuela Nacional de Ciencias de la Tierra donde imparte la asignatura de Geografía Cultural y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM donde imparte la materia de Geografía Histórica. Es editor en jefe de la revista *Investigaciones Geográficas*.